

pueblo, y se presentó al Alcalde, diciéndole, sobre poco más o menos, lo siguiente:

—He leído en los periódicos que ha muerto don José Lázaro Galdiano, que es hermano mío. Sé que no tenía hecho testamento. Si no lo ha otorgado últimamente y ha muerto sin hacerlo, soy su heredero universal, porque no tiene más hermano que yo; si ha testado en los últimos instantes, es probable que me deje algunos bienes. De todas formas, yo vengo aquí para que se levante un acta, que firmaré, en la que se haga constar que renuncio en absoluto a todo cuanto pueda corresponderme. Nada necesito, y no quiero complicarme lo poco que me queda de vida, teniendo que administrar una fortuna.

El acta fue extendida, puso en ella su firma y se marchó de nuevo al asilo.

Yo asistí a los funerales por don José Lázaro. Después de muerto, su sombra siguió flotando junto a nosotros por mucho tiempo en las tertulias con Rodríguez Moñino. El Estado convirtió en magnífico museo el palacete de Parque Florido, en el que los maravillosos tesoros artísticos son las estrofas de un poema grandioso, que evoca permanentemente a don José Lázaro Galdiano, el hombre que consagró su vida al Arte.

Ideario
Extremeño

Si el querer bien es delito,
muchas las culpadas son,
que de par en par abrieron
las puertas del corazón.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Marino

A mi hijo Pablo Romero.

«Entonces, levantándose, habló con imperio a los vientos y al mar, y se produjo grande bonanza, y los hombres se maravillaron diciendo: ¿quién es Este, que aun los vientos y el mar obedecen?»

San Mateo (Capítulo 8.º, versículos 26 y 27).

Tú también, hijo mío, lo mismo que tu hermano sentiste la imperiosa llamada de los mares, y aunque eres casi un niño, cruzaste el gran Océano llevando aun en los labios el sabor de tus lares.

¡Qué peligros te acechan en esas travesías mientras el viento ruge con furia indescriptible, en tus horas de mar, en esas horas frías de triste espesa niebla que hace todo invisible.

Las olas gigantescas encumbran el navío, para luego humillarle, hundiéndole en la sima, y una tras otra muestran su brutal poderío como si no existierais, pasando por encima,

¡Ay! juegan con las vidas de las tripulaciones sintiéndose indefensos nuestros bravos marinos, mientras madres y esposas elevan oraciones a Aquél que desde el cielo rige nuestros destinos.